

de vos tal confianza, que si os juzgo parte en este caso, no creeré jamás que apasionado juzgueis tanta desdicha. Estas son las gracias que rendís al cielo por vuestras victorias, volviendo el reino que Dios os encargó, con semejantes excesos, un peligroso bosque de latrocinios; que donde falta la justicia y asiste la violencia, ¿qué puede hallarse que no sea confusión? Si vos con promesas, caricias y dádivas podéis vencer la firme voluntad de mi hija, ¿podréme quejar de ella? Mas si la solicitais, con mas razon me podré quejar de que el cielo la dotó de mas prudencia y obligaciones: la mayor merced que de vos puedo recibir es que no me hagais ninguna, que mientras mas alto lugar ocupare, seré con mas irrisión y venganza señalado de mis enemigos; y si lo que he dicho pareciere demasia, atribuidlo mas á mi voluntad que á poco deseo de serviros; y con vuestra licencia voy á poner en ejecucion lo que me habeis mandado. Y sin aguardar otra respuesta se fué.

De modo obraron en el Rey las prudentes razones del Marqués, que rompiendo la poderosa fuerza de la verdad los velos de tanta pasion, conoció su injusta demanda, y estuvo para desasirse de tan penosa prision; mas volviendo la consideracion á su empleo, mudaba de opinion, diciendo: ¿Cómo inconsideradamente procuro romper tan indisoluble lazo? Si nació para que la amase, estimaréla siempre. El Marqués es su padre, y habló como le tocaba; soy su rey, él mi vasallo; ni soy el primero, ni seré el último. Pero despues, alumbrado de algun rayo de razon, dificultaba y reprimia sus pasiones, y combatido de mil contrarios pensamientos, se mostró á los suyos con alegre rostro, encubriendo la pasion del ánimo, accion de las mas penosas que los hombres hacen, y el Marqués llegó á su casa pensando en lo que el Rey le habia dicho; y despues que consigo mismo discurrió del caso, por no ser comunicable, envió á llamar á la Condesa, que vino luego á su presencia, y haciendo que se sentase á su lado, la dijo: Qué cierto estoy, amada hija mia, que lo que ahora os dijere os ha de causar notable admiracion, y mas cuando juzgueis con vuestro raro entendimiento, acompañado de vuestro recato, lo poco que á mí me toca: mas que de dos males que forzosamente se haya de padecer el uno, es cordura elegir el menos dañoso, no tiene duda; y así, no dudo yo que vos como discreta, valiéndoos de lo que digo, aprobeis la eleccion que yo tengo hecha. Yo desde el tiempo que alcancé uso de razon hasta el presente estimé siempre mas el honor que la vida, porque segun mi opinion, es mejor morir inocente que vivir culpado hecho fábula del vulgo, juez severo de las humanas acciones; el trabajo de vivir debajo de ajeno imperio, no solo obliga, mas en muchas ocasiones fuerza á ejecutar lo contrario que los hombres desean, atendiendo á la calidad de los tiempos y á la voluntad de los que gobiernan, vistiéndose forzosamente el hábito de sus deseos; digo pues que hoy me llamó el Rey, y así como llegué á su presencia, despues de largos preámbulos, poniendo en mi mano la conservacion de

su reino y vida, me pidió favor. Nací su vasallo, y prometí de hacer cuanto me mandase, y él, valiéndose de mi liberal cuanto inadvertida promesa, acompañando sus palabras de ardientes suspiros y de copiosas lágrimas, me contó cuán sin remedio os amaba: ¿quién imaginara jamás que á mí podía comunicarse caso semejante? Y prosiguió contando todo lo que con él habia pasado: aqui veréis, dijo, á qué términos me han reducido una oferta indiscreta, una depravada voluntad; respondile, como es verdad, que puedo rogaros, forzaros no; yo os ruego que ameís á nuestro Rey, que con esto ocasionaréis que sean vuestros hermanos poderosos señores en esta isla. Yo he dicho lo que habeis oido por no faltar á mi palabra; pues sois prudente, no dudo que, considerado lo referido, hagais eleccion de lo mas conveniente. Calló el Marqués, y la Condesa, lo que duraron sus palabras, de honesto desden y vergüenza tenia de modo encendido el rostro, que no dudo que á los que en tal punto la miraran pareciera mas hermosa, y al fin de una breve suspension respondió:

Padre y señor, si por largas experiencias no conociera vuestro valor, acompañado de la mucha merced que me habeis hecho, y el amor que siempre me habeis tenido, con justa razon me admiraran vuestras palabras. Por excusaros el enojo que era forzoso que os causasen semejantes desvarios, procuré siempre apartarlos de vos, como de mí la voluntad de quien tan injustamente me persigue, haciendo todas las diligencias que á mis fuerzas han sido posibles. Si como el Rey lo es de este limitado reino lo fuera del mundo, tuvieran el mismo efecto sus deseos, porque mas que el humano imperio estimo vuestra honra, la de mis hermanos y mis obligaciones; y esto es lo de menos estima á quien se debe guardar respeto. Que mas se le debe á aquel señor á quien nuestras obligaciones son infinitas, y se deben anteponer las primeras. Es verdad que nacimos sujetos; pero el albedrío tan libre, que aun el mismo que nos le dió le dejó á nuestra disposicion; pues ¿qué cosa seria sujetarle á hombre humano contra el precepto de quien nos comunicó tanto beneficio, el poder, las riquezas y señoríos que me ofrece? Yo confieso que adquiridas por justo medio son estimables, cuanto por el contrario aborrecibles; porque aquel á quien faltase la vida, ¿qué le podrian aprovechar los humanos tesoros? Pues al que le faltase la mas importante, que es el honor, cosa vana y de poco fundamento se le ofreceria. Yo estimo vuestros mandamientos en lo que debo, y tengo tomada firme resolucion de ofrecer mil vidas que tuviera primero que dejar la mas pequeña mancha en mis obligaciones.

Conmovido el padre, lleno el venerable rostro de piadosas lágrimas, la abrazó, alabando la discreta y magnánima respuesta de su hija, loando consigo mismo tal valor y grandeza de ánimo, dando gracias al cielo por tanto beneficio, despidióse de ella, que dió larga cuenta á su madre de lo referido, y entre las dos alabaron la prudencia del viejo, dando la Marquesa á la hija muchas gracias por tan honrosa determinacion; y el Mar-

qués, consultando consigo mismo lo que al Rey debía responder, fué á palacio, y con él á solas, le dijo: Señor, en cumplimiento de lo que os prometí, os juro por la fe que á Dios y á vos debo, que hablé con la Condesa declarándola vuestra voluntad; y rogándola que la cumplierse, se resolvió, despues de largos razonamientos, á que perderia antes la vida que tal le pasase por el pensamiento. Al principio advertí que podía rogarla y no serviros con la fuerza; ya hice lo que me mandásteis, cumplí con lo que os he prometido, y para que conozcaís en mí hay mayores muestras que me acrediten, con vuestra licencia querria retirarme á mi tierra para prevenir, como quien por mi larga edad está tan de camino, algunas cosas importantes para mi jornada. El Rey, conociendo el yerro de haberse declarado, mal satisfecho, se la concedió, quedando melancólico, revolviendo varias cosas en su imaginacion.

El dia siguiente el Marqués salió de Londres acompañado de sus hijos varones, y se fué á sus castillos triste y pensativo, considerando su desgracia, junto con el perdido respeto, tan indigno de su lealtad y servicios, sin atreverse á llevar á la hija, por no disgustar al Rey; y así, fué forzoso quedar su madre en su compañía, no mas que por buenos respetos, que su honesto recato y entereza podía dar segura confianza en caso que por su misma seguridad, del Rey no podia temerse violencia, que así como entendió la partida del Marqués y que habia dejado la hija, se enteró en lo que sospechaba de la diligencia del padre. Llegó á tanta desesperacion con el impedimento y resistencia de su voluntad, que en él los dias y las noches eran iguales, pues siempre carecia de reposo, comia poco, y con suspiros continuos huía la compañía de sus mas familiares con la aprension de la constante crueldad de la Condesa, mudando con la mudanza del ánimo de modo las costumbres, que de tres dias que daba en la semana audiencia pública, sin dejarse ver, la daba por sus ministros, cosa que con los príncipes destruyen las provincias; porque importa todo el buen gobierno de ellas que todo pase por su mano, que entiendan las quejas y súplicas de sus súbditos y la vida de sus ministros; que si en esta parte sienten descuido, se hacen públicos tiranos de los oficios que administran. Y digo, en fin, que á los reinos es mas conveniente tolerar los yerros de su natural señor que gobernarse por los mas conocidos aciertos de los vasallos; porque cuando yerra el príncipe, ¿quién hay tan mal intencionado que dudé que fué con buena intencion y deseo de acertar, yerro que no es digno de juzgarse por agravio? Y por el contrario, el que está puesto en su lugar y en sus mas loables resoluciones mira siempre al norte de sus particulares intereses; y si yerra, raras veces deja de ser de malicia, llevado del deseo de venganza ó de codicia, ó por adelantarse á sus iguales, ó por oprimir á sus inferiores, y ninguno puede ser tan amado como el príncipe, á quien Dios adelantó. Naturalmente los hombres aborrecen que se les oponga ó aventaje el mas amigo, el mas amable y propincuo deudo: pues ¿qué sentirán de ver que

se les adelante el que no nació, ó no juzgan su igual, ó el que si les es superior desaman y aborrecen por la propia tiranía ó por la que usan aquellos que dependen por varios caminos de su poder? Porque raras veces suelen ser los mejores los que alcanzan las privanzas de los reyes; y así no caminan por el camino real de la virtud, porque el propio natural los guia por los atajos de la inclinacion del príncipe, de la adulacion, del interés, de la hipocresía, hasta verse tan apoderados de lo que desean, que llegados á conocer sus defectos, hay dificultad en el deshacerse de ellos, por el peligro que tienen los desaciertos de los que de nuevo se han de hacer capaces, aunque tengan buena intencion; y así, la piedra fundamental del gobierno es examinar con cuidado la vida de aquellos con quien se ha de comunicar, porque es forzoso ser todo gobierno comunicable.

Todas las cosas que al Rey solian ser de gusto le disgustaban, como eran justas, tirar bohordos, ejercitar las armas y la caza. Tenía cerca de su palacio una casa de recreacion sobre el Támesis, famoso río de Londres, y habiendo de ir á ella por tierra ó por agua, que por las dos partes se podía ir, era forzoso pasar por la casa de la Condesa, que advertida de que por su ocasion frecuentaba mas que debiera este camino, excusándole ella cuidadosamente todas las ocasiones, él la veía raras veces, de que notablemente se entristecia, sin dejar de proseguir su camino, contentándose con solo ver las paredes que ocultaban su tesoro; y como la privacion enciende el deseo, comenzó á continuar de manera su viaje, que lo que á todos era oculto, fué en muy breves dias público á toda la ciudad, que sabiendo la entereza de la Condesa, que ellos llamaban rigor, y lo que el Rey padecia, la culparon de ingratitud, y la aborrecian, deseando que remediasse tantas penas por su causa padecidas, que generalmente son todos liberales de aquello que no les importa, que siempre el vulgo está pronto en vituperar la virtud, como en aprobar lo que no lo es; y puede tanto la lisonja, que muchos hicieron grandes diligencias, solo á fin de mostrarse favorecidos; y viendo la invencible constancia de la Condesa, aconsejaron al Rey que usase de su poder, valiéndose de la violencia, ofreciéndose á ser los ejecutores de traer á efecto semejante tiranía. Quiso el Rey primero ver el ánimo de la Marquesa antes que se valiese de los consejos, que no le parecian mal; y así, la envió á hablar con su camarero, que instruido de todo, despues de haber ido á su casa y hecho las cortesías que se pueden imaginar que haria quien iba á rogar cosa tan deseada, la dijo: Señora Marquesa, el Rey os besa las manos, y de su parte os asegura que os desea todo bien, y de la mia os certifico que mas que otra cosa en el mundo deseo el buen suceso de estos negocios, no tanto por su gusto como por ver que contra toda razon, de donde podía esperarse premio, se puede temer una desdicha. Digo pues que dice que él ha hecho todo lo posible, y aun lo no conveniente á su decoro, por adquirir la gracia de mi señora la Condesa con el secreto y re-

putacion que se debe á tantas prendas y á tanto amor, cuyas vanas demostraciones puso en boca del vulgo lo que estuviere excusado, pues no será este el primero ni último suceso que en este caso haya sucedido, que tambien sabe que esto ha sido tal vez ocasion de muchas muertes de príncipes, desolacion de imperios, y que tendría por mas piadoso que llegase la suya que padecer lo que injustamente por vuestra causa padece, pues gustais de tenerle por enemigo. Usando de su poder públicamente llevará á palacio lo que desea con poco honor vuestro y menos estimacion suya, y en lugar de mostrarse amigo del Marqués y de su casa y hacerle merced, hará que con su destruccion conozcan en él obras de capital enemigo, efectos de su ira y justo rigor; porque tiene deliberado, no solo por su parecer, sino por muchos, tan doctos como desapasionados, que no es bien que él muera por una obstinacion mal fundada de una mujer, poniendo con la falta de su persona en evidente peligro sus estados; y en caso semejante debe prevalecer la causa pública, aunque peligre cualquiera particular, y de dos daños con evidencia forzosos, es puesto en razon elegir el que pareciere menos dañoso, y con esto quedad con Dios, que ocasion es esta de valeros de vuestra prudencia. La Marquesa, oyendo la no esperada respuesta acompañada de tan injusta y tiránica resolucion, oprimida del temor, le parecia que ya á sus ojos veia la violencia de su hija, y que sus oidos oian las lastimosas quejas de sus agravios; y ocupada de copiosos diluvios de lágrimas, temblando suplicó al camarero que la conservase en la buena gracia del Rey, y de su parte le suplicase la suspension de tal desdicha hasta que ella, advirtiéndole á su hija de las obligaciones con que todos habian nacido de servirle, procurase conservarle en la primera resolucion, y desviarle en todo de la segunda. El prometió servirla, y partió alegre con tal respuesta á ganar en albricias la gracia de su dueño, que incrédulo dudaba de cuanto le decia, y haciendo mayores extremos que le habian costado sus desdenes, esperaba la deseada respuesta, midiendo el tiempo por minutos, y haciéndosele cada uno siglos de dilacion. En este tiempo la Marquesa fué al cuarto de su hija, á quien halló entretenida con sus criadas en su labor, cosa en nuestros tiempos conveniente, muy lícita y forzosa, no solo en las mas comunes mujeres, sino en las mayores señoras, que no es excusa la grandeza para gastar mal el tiempo, cosa de que nacen las dificultades y desórdenes que se saben, y quedándose con ella á solas, le contó todo lo que con el camarero la habia pasado, acompañando sus razones de copiosas lágrimas, y abrazándola tiernamente prosiguió de esta suerte:

Amada hija mia, ya alcancé tiempo en que, viéndote la mas hermosa y recatada de nuestro reino, me juzgué por madre felicísima, creyendo que los rarísimos dotes de que te adornó naturaleza nos fueran causa de honorosos acrecentamientos. ¡Mas ay, cuán raras veces aciertan los juicios humanos, pues pienso que naciste para nuestra universal destruccion! Vence en algo la

dureza de tu condicion, no en nada que no sea lícito y honesto, que esto mas vale padecer mil muertes que exceder un punto de las honrosas obligaciones con que naciste, sino templando el rigor de modo que la justa defensa no se juzgue desprecio; porque si como te digo te dejas gobernar de la ocasion y el tiempo, trocarás mi dolor en alegría. No sabes que mas que á todos tus hermanos te amó, y que las obras pueden contigo haber acreditado mis palabras. Déjate guiar de tu madre, que te estima y adora, y piensa que el Rey es poderoso y que, no solo está enamorado, sino loco; que tu virtud, indignamente juzgada crueldad, le tiene puesto á peligro de perder la vida, y que somos aborrecibles á todos los que desean su salud, y que sola tú no la deseas. Acuérdesete las injurias y maldiciones que hemos oido del ignorante vulgo y del adulador cortesano. Si esto es verdad, en pago de la deuda natural que nos debes, no quieras ser nuestra destruccion, pues puede remediarse valiéndose de una honesta prudencia, de un agrado cuidadoso. Los reyes, cuando ven despreciados sus ruegos de aquellos á quien pueden mandar, válese del poder. No quieras que la última cuanto injusta resolucion de un poderoso ocasiona nuestro vituperio. Mira tus hermanos y padre desterrados, yo viuda, porque todos temen al Rey, y mas á tí, que has de ser causa de su afrenta, á que es forzoso que se siga la venganza que ha de ocasionar su destruccion. Dichosa yo si el primero dia de tu vida fuera el último ó el postrero, ó si en lugar de tu esposo ocuparas un mármol. No des ocasion á que justamente me queje, que te dé nombre de cruel, de ingrata, y sobre todo de descortés, contra tu propia sangre.

Cesó con esto oprimida de un mortal desmayo que la dejó tan helada é inmóvil, que se tuviese por cierto que la hubiesen desamparado los vitales espíritus. Lloraba la Condesa amargamente tanta desventura, enterrecida de maternal afecto y oprimida de tantas persecuciones, pues las padecía aun de los mismos obligados á su defensa, si bien no se podian llamar tales, por ser siempre debajo del pretexto de su honrosa defension, mas nunca su invicto ánimo dudó de proseguir en su determinada voluntad. En mano de tantos contrarios, combatida como peñasco en medio del mar, firme al continuo contraste del fluctuante cristal, mas movida á compasion, determinó de librar á los suyos de tantos trabajos con la mas valerosa determinacion que se ha visto en los presentes siglos, ni se oyó en las mas celebradas matronas de la antigüedad, ni podrán esperarse de los venideros; que una alma generosa, cuando injustamente se conoce ofendida y estimulada de la ira, de tal modo se enciende en la venganza, que aunque conozca su total ruina, produce furiosos efectos; y las mujeres en toda determinacion son mas fáciles, intrépidas é invencibles, una vez determinadas; pues con la última determinacion, siendo solo de sí misma, que importa mucho para que las que se desean tengan efecto en no comunicarlas; despues que con los remedios y caricias vió libre del peligroso desmayo á la Mar-

quesa, enviando á las criadas fuera, á quien para ayuda del remedio del inopinado accidente habia llamado, y consolándola, respondió: Amada señora y madre, á quien por tantas mercedes recibidas tan justamente debo este título, enjugad las piadosas lágrimas, bastantes á ablandar el corazon mas fiero, el mas inaccesible peñasco y el mas firme diamante, que ya mi ánimo está dispuesto á que no se le dé nombre de cruel ni á ser causa de vuestros disgustos, como de la calamidad de mi padre y hermanos, pues si careciera de remedio, con mi muerte procurara su vida. Sabe el cielo que la que intento por serviros es para mí la mas penosa; pero con vuestros consejos, salvo mis obligaciones, que conservaré antes que mi vida, podremos remediar nuestro daño, sin recibir el que mas debe temerse. Cesen las lágrimas, y sin que intervenga mas que vos y yo, como á quien les importa, quiero que veamos al Rey y que acaben tantos inconvenientes. La madre, con la no esperada respuesta, tan fuera de sí de contento como antes la habia tenido el pesar, dudaba de haber oido semejantes palabras, dando gracias al cielo por tan grande beneficio, como muchos ignorantes que de los mismos sucesos con que le ofenden por propia malicia le dan agradecimiento, como si él fuese inspirador de maldades, sino fuente abundante y perenne de donde procede todo bien, y abrazando á la hija lloraba de contento: tal es la locura de los mortales que solemnizan su propia desventura como en otros sujetos la fuerza de la codicia, que no perdona la propia sangre, tan imitado en nuestra miserable edad, donde, sin ser solicitadas, se solicita el precio miserable de propias y ajenas culpas.

Era esto por la mitad de julio, cuando el Padre universal de los mortales, en el medio dia, con las furiosas saetas de sus rayos obligaba á los humanos á general sosiego, en cuyo tiempo la Marquesa hizo prevenir un pequeño batel para ir aljardín ó casa de placer donde el Rey estaba por gozar de mas sosiego, que, como está dicho, era cerca de su casa. La Condesa mientras esto se previno se retiró á su oratorio, y sin valerse de otros preciosos adornos que de un cerrado cuchillo para la mas apretada ocasion, considerando que en las últimas y forzosas por flacas manos de mujeres habia Dios confundido la obstinacion de mas pertinaces y feroces enemigos, llena de confianza del feliz suceso por las dos causas que ocurrían en el presente caso, que eran la defensa del divino precepto y su honor, se puso de rodillas delante de una devotísima efigie de aquella Señora que antes de los siglos en la mente divina fué preservada de la original culpa para que gozase de la dignidad de su madre. Tenia asimismo en sus santísimos brazos la imagen de su santísimo Hijo y señor nuestro, ante quien con devoto y humilde corazon dijo: Señora mia, hija del Padre, madre del Verbo, y esposa del Espíritu Santo, que os esogió para tan alto ministerio: Cosa es cierta que si pudiera ser que fuérais madre de tan inaccesible Señor, menos que con el don inestimable y precioso de vuestra santísima pureza, no admitierais

tan grandiosa dignidad; y siendo esto tan cierto como es, las causas que piden la conservacion de castos deseos, como madre piadosa de los mortales, os toca su defensa. Esta parece, Señora, que mas propiamente os incumbe su patrocinio. Ya os consta de la presente necesidad, y asimismo como quien de tan cerca mira la divina Esencia, en quien se ven todas las cosas, lo mas oculto de mi corazon, favoreced delante de aquel Señor, ante quien hallásteis tanto favor, lo que os suplico y veis que esta ocasion pide, sin permitir que por mis culpas prevalezca la parte injusta y depravada de las mortales pasiones de nuestra fragilidad. Acabado este breve razonamiento, confiada en la que pueden confiar el remedio todos los que le pidieren para las cosas justas, salió donde la Marquesa su madre la aguardaba, y las dos, cortando la plata del caudaloso Táme-sis con el pequeño esquite, llegaron á las riberas del deleitoso jardín, que estaba de tal modo fabricado, que por sola una puerta podia entrarse en él, porque todo lo demás lo circundaba un altísimo muro en torno. La puerta estaba acaso abierta, porque el Rey, como estaba melancólico, se entretenía en las riberas de aquellos cristales, y el camarero algo desviado no perdía de vista la puerta, sentado debajo del dosel que fabricaban las copadas ramas entretrejidas de unos ancianos robles, gozando de la fresca respiracion de las crespas olas, y tambien por evitar que nadie entrase, advirtiéndole de la ocupacion del Rey.

Llegaron madre y hija, ordenando al que guiaba el pequeño barco que de allí no le moviese, y pisando las doradas arenas del caudaloso corriente, las ninfas sacaron las hermosas cabezas coronadas de ovas, espadañas y lirios, admirando con particular suspension tanta belleza; ellas pisaron las gradas de la puerta, vistiendo de nueva luz los deshabitados pórticos. Como el camarero las vió, desengañado de su vista, lleno de notable espanto, recibíendolas con la debida cortesía, con mil caricias las saludó, preguntándoles qué mandaban. Respondió la Marquesa: Venimos á ver y hacer reverencia á nuestro natural señor, como ha poco que os dije que lo procuraria. El con suma alegría hizo meter el estrecho leño en que venian en un pequeño escaño, que hecho á mano, servía de guardar los que el Rey tenia para su recreacion y servicio; cerró la puerta, y entreteniéndolas con la vista de las curiosidades que allí habia, las fué guiando hasta donde el Rey estaba, no considerando la crueldad de su dama, que cuando le informaron de lo que pasaba, salió alegre sobremanera á recibirlas, dudando de su vista, pareciéndole ilusion de su fantástica imaginacion lo que tenia presente. Recibiéndolas con las muestras de voluntad y agradecimiento que pedia semejante visita, y la Condesa, así como vió al Rey, discurrió por sus venas un improvisó hielo; á un mismo tiempo se le encendió el rostro de un modo, que se le acrecentó hermosura, si mas era posible de la que antes tenia; y él, sin haber podido hasta entonces hablar palabra, ocupándose el repentino accidente los sentidos; y cuando volvió en sí

con mucha humanidad las dijo que fuesen muy bien venidas, prosiguiendo: ¿Qué buena estrella mía, qué suceso feliz os ha traído con esta siesta á que goce yo la vista de esta deseada presencia? Y entonces la Marquesa, haciéndole la debida cortesía, que la Condesa, ocupada de la vergüenza y temor, no pudo hablar palabra, le dijo: Señor, viene mi hija con deseo de servirnos, como disgustada de haberse mostrado rigurosa y de haber perdido un instante vuestra gracia. Mostróse el Rey sumamente agradecido, y haciendo las honestas caricias á la Condesa que la presencia de su madre pedía, á que ella se mostró siempre desdeñosa, no levantando los ojos del suelo; eran iguales el contento en el Rey y el disgusto en la Condesa, que no pienso que puedan de otro modo encarecerse tan contrarios afectos.

Juzgando el Rey á vergonzoso encogimiento su desvío, ordenó al camarero que entretuviese á la Marquesa, y él con varias pláticas se retiró á su cuarto, y llegando á su mismo aposento con la Condesa, cerró las puertas, y ella, así como las vió cerradas, temiendo alguna violencia, viéndose inadvertidamente en el lugar que jamás pensó y desamparada, arrojóse de rodillas á sus piés, y le dijo: Señor, nuevo intento del que habeis imaginado me ha conducido al término en que me veis; pero pues solo vuestra salud me ha obligado á servirnos, como mujer deseo saber si son hijas del alma tan exquisitas diligencias, suplicándoos una merced, que para vos será fácil, y para mí me obligará eternamente. El Rey, que con la congoja y afecto le pareciera mas hermosa, juzgó por tanta ventura que le pidiese algo, como la del fin de su pretension, y con los mas execrables juramentos que pudo confirmó su palabra de cumplir todo aquello en que le emplease, como no fuese dejar de amarla, porque eso sabia que no habia de poder cumplirlo; y queriéndola levantar del suelo, no lo consintió, antes besando sus manos por el prometido favor, sacó el cuchillo, y con piadosas lágrimas que adornaban sus hermosas mejillas dijo: Señor, la merced que yo os suplico es que me ameis lo que os durare la vida, y que con este instrumento acabeis la mía antes que yo vea mi afrenta, pues tengo parte de vuestra sangre; y si no cumplieredes lo que prometisteis, delante de vos llegará mi muerte, y el cuerpo sin el vital aliento podrá quedar en vuestro poder; pero no el alma, que mientras le animare, ¿cómo podrá consentir hacer caricias á su mayor enemigo? Cesó con esto inundando por los hermosos soles de su rostro dos océanos; y el Rey con nueva admiracion de tanta y tan hermosa resistencia, mas perdido mientras mas la miraba, nuevamente enamorado de tan piadosa accion, y enterrecido, como quien la amaba, de sus trabajos, viendo que sin ella no podia vivir, resuelto en su última determinacion, considerando que, como decia, era su sangre, y los grandes seruycios de sus pasados, con la debida cortesía la levantó, diciendo:

Señora, no quiera Dios que yo quiebre mi palabra y que agravie á la prenda que mas que á mí mismo quie-

ro; pues antes al que conociese, no digo deseoso de tal ejecucion, sino solo con el intento de ella, procuraria yo acabar la vida como á mi mortal enemigo. Cesen ya las honrosas resistencias de vuestro valor, y venzan, que es justo, las injustas diligencias de mis deseos, porque yo quedaré muy consolado con que me hayais dejado la libertad de amaros, que tanta es la obligacion en que me tiene puesta vuestra virtud, que sin ella, aunque sé que habia de ser á costa de mi vida, no me atreviera á disgustaros; pero yo pienso hacer de modo, con vuestra licencia, que seais un vivo ejemplo al mundo de lo que debe estimarse la honra, pues por la justa estimacion que habeis tenido y teneis de la vuestra, quiero que alcanceis diferente fin del que todos podian esperar de mi locura; y creed que el indigno amor que os tuve está ya tan fuera de mi alma, (que aun del tiempo que señoreó mi pecho estoy corrido, y que ha entrado en su lugar el justo y verdadero.

La Condesa entonces, dando infinitas gracias á aquella Señora, por cuyo medio es de creer que en tan breve tiempo hubo tal mudanza de voluntad, abrió la puerta, y entrando el camarero y la Marquesa, que estaba con la pena que puede imaginarse, viendo cómo su hija se la habian apartado de sí, temerosa de alguna desgracia, si confiada de su valor, hizo que las dos se sentasen, y habló con él en secreto, dándole el orden conforme al intento que tenia, y él partió á ejecutarla, y entreteniéndose el Rey con ellas en varias pláticas, en breve espacio entraron todas sus criadas, y luego la nobleza de las damas de la corte, y despues el obispo evoracense, hombre docto, y por cuyo expediente pasaban los mas graves y árdulos negocios, y en su acompañamiento los mas importantes señores del reino, todos admirados de ver sentadas al lado del Rey aquellas señoras, y que la viuda tenia los ojos no en todo libres de los copiosos diluvios que la pasada ocasion le habia causado. Callaban todos esperando el fin para que fuesen llamados, cuando el Rey, interrumpiendo el confuso silencio, dijo: Nobles y fidelísimos vasallos míos, aquí os he juntado para que veais que puede alabarse mi reino que posee mas valerosas damas que cuantas nos celebra la antigüedad, como lo dirá la historia que hoy tenemos presente. Y contando por extenso toda la referida hasta el estado presente, prosiguió: Y tambien quiero que conozcais que si hay valor, virtud en ellas tan digna de que ciñan sus hermosas frentes el lauro de la inmortalidad, digno premio de sus hazañas, es justo que sepais que teneis Rey que sabe premiar en algo, ya que en todo es imposible, alguna parte de ánimo tan valeroso, de constancia tan invencible como os lo ha dicho el presente suceso, que por notorio no refiero. Hoy teneis delante vuestra reina y mi esposa, como la que mejor lo merece. A que todos respondieron con una profunda cortesía, y llamando al obispo que se acercase, hizo que hiciese la forma del sacramento; y acabado con alegres parabienes y aclamaciones, la besaron todos la mano, y Eduardo hizo algunas mercedes. El contento de la Condesa fué grande, como quien

habia llegado á tal dignidad por los propios méritos y virtud; que los que las alcanzan por otros caminos no gozan de la verdadera posesion de ellas, sino de la injusta tiranía con que las usurpan. En poco espacio la fama de tanta novedad se habia extendido por la corte, que con suma alegría la recibieron todos generalmente, alabando la prudente resolucion del Rey.

El Marqués y sus hijos habian venido á Lóndres, deseosos, el uno de ver á su mujer é hija, y los demás á su madre y hermana; y apenas entraron por la puerta de la ciudad, cuando la nueva, como si fuera mala, salió á recibirlos, y sin ser conocidos, se informaron del confuso tropel del vulgo, y llegando á su casa ciertos de la verdad, dejando el de camino, se pusieron en hábito decente, y con uno de sus hijos envió el Marqués á dar aviso al Rey de su venida, suplicándole que le diese licencia de besarle la mano, cuya respuesta fué enviar al príncipe de Gales, su primogénito, acompañado de los infantes y nobleza que ya habian besado la mano á la Reina para que le acompañasen, y él con igual contento que en otra ocasion tuvo pesar tan sin culpa suya, porque no hay persecucion que, como no proceda de propias culpas, no la compense el cielo con la suma liberalidad que paga buenos intentos, que no quiere con los sucesos prósperos ó adversos sino encaminar lo que no nos conviene, que cuando sucede al contrario, en nosotros está la culpa, porque no usamos como debemos de sus favores. Despues de las forzosas cortesías y alegres parabienes que de una parte á otra pasaron, con excesivos favores fué del Príncipe, infantes y caballeros llevado á palacio, donde le salió á recibir el Rey, y honrándole le hizo sentar al lado de su hija, y le mandó que la habiase. El llegó á quererla besar la mano, y ella no lo consintió, y se abrazaron tiernamente; y como estaban con el referido acompañamiento, salieron en público por toda la ciudad, donde con mil bendiciones y muestras de amor fueron nuevamente aclamados, y se hicieron las mas grandiosas fiestas que jamás se vieron, acompañadas de infinitas mercedes y perdon general de todos los delitos que sin parte dependian de la voluntad real; toda la nobleza del reino procuró mostrarse liberal, haciendo increíbles gastos por el gusto y servicio de su Rey, que dió grandiosos premios á los que los ganaron en las justas, honrando particularmente á los extranjeros, que á la novedad del caso, de diversas partes acudieron muchos. Ocupó el Rey á su suegro y cuñados en los mas preeminentes oficios, y con el tiempo él y todo su reino conocieron la acertada eleccion, siendo la Reina un verdadero ejemplo de adquirir la verdadera fama, donde solo se llega por el camino de la virtud, como ella llegó; de modo que cuando no sea por el eterno premio que con certeza se espera, digno de tanta estimacion en quien alcanza el verdadero conocimiento, por los buenos sucesos y felicidades presentes se debe vivir bien, creyendo con certeza que aquel Señor que tanto nos ama, si tal vez consiente la persecucion de los suyos, no les pone lazos, sino ocasiones, deseoso de que se aprovechen de ellas como

deben para que ganen el premio de la inmortal corona.

En Eduardo se nos muestra un rey agradecido, pero demasadamente curioso, pues el suceso de su amor procedió de ir donde no importara su presencia; nos enseña con cuánto cuidado deben los reyes huir las visitas de las mujeres hermosas, y particularmente de las Casadas; la prudencia con que procuró encubrir su grande pasion, la obligacion que los superiores tienen á no dar mal ejemplo. El declararse á la Condesa, teniendo á su padre y esposo tantas obligaciones, la fuerza de esta pasion. Hablar el Rey sin su voluntad con los suyos en la batería, y otras materias de milicia, la satisfaccion que deben dar á todos los reyes, porque generalmente son de todos. Los favores del Marqués para facilitar su pretension hasta llegarse á valer de él mismo y de la Marquesa, y del propio poder para usar de violencia, perdiendo el respeto á su obligacion y decoro, la furia con que las propias pasiones señorean los poderosos á quien todos sus deseos y acciones parecen y juzgan lícitos. El verse vencido y obligado de tan honrosa resistencia, y despues recibirla por mujer, nos enseña que así como el amor que consigne el ilícito fin suele siempre tener mal suceso, así la que solo permitió el lícito abrió los ojos de la razon y conocimiento en el Rey, de modo que le llegó el debido premio á la virtud.

Partirse el Conde dejando á su esposa moza y recién casada, nos avisa que no es cuerda resolucion casarse los que están sujetos á ausencias que dependen de ajena voluntad.

Recibir la Condesa al Rey sin la compañía de su madre y esposo, avisa á las mujeres casadas que huyan la vista de los hombres, particularmente la de los poderosos, en toda ocasion, pues se gana mas honra con el huir de ser vistas que con la mas honrosa resistencia. Las diligencias que hizo para desviar la voluntad del Rey, las persecuciones que tuvo mostrándose á todas firme, enseña las obligaciones que las mujeres nobles tienen de estimar en mas el honor que la vida. Acudir por remedio á Dios por la intercesion de su santísima Madre, nos avisa que quien se valiere de tan poderosos como justos medios, si le conviniere, tendrán sus deseos feliz suceso, como este le tuvo.

Las diligencias de los vasallos, el deseo del vulgo nos enseña la fuerza de la adulacion y cuán liberales son todos de lo que no les importa.

Dejar la Marquesa sola á la Condesa cuando el Rey vino, advierte á las madres el cuidado que deben tener, pues muchas veces en unas el descuido, y en otras el mucho cuidado es causa de los infelices sucesos de la juventud, de que darán estrecha cuenta y recibirán riguroso castigo.

El Marqués, que ignoró tantos favores y apretados ruegos, denota los imprudentes que, no midiendo sus pocas fuerzas, como ignorantes, todo les parece que se debe á su ingenio, prudencia y merecimientos. Prometer sin saber lo que se le pedia es cosa inexcusable é indigna, y mas el hacer caso de honra el cumplir la promesa cuando no es justa, pues no solo no obliga, sino